

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 30 de junio de 1875.

Núm.º 12.

LITERATURA GALAICA.

HISTORIA DE GALICIA

por

DON BENITO VICETTO.

Vamos á ocuparnos hoy en nuestro editorial de las lisonjeras impresiones que nos ha causado la lectura de los dos tomos de la *Historia de Galicia*, que ha publicado el Sr. Vicetto en el *Diario de la Coruña*, editor D. Castor Miguez.

A favor de la elevada inteligencia de dicho escritor; con qué interés hemos penetrado entre las nebulosidades del tiempo y con qué placer le vemos sustraer de los abismos del pasado los sucesos históricos, haciendo surgir los primeros pueblos que se fundaron en Galicia, los primeros faros, las primeras condiciones de ser, y las incidencias y evoluciones de la raza indígena y de las razas colonizadoras; acompañándolas en espíritu ya á Francia, ya á Inglaterra, ya á Italia!

De hoy más la juventud del país tendrá un libro en donde aprender á conocer las eventualidades históricas de *ayer*, para apreciar las eventualidades de *hoy*, y conjeturar más ó ménos acertadamente las eventualidades de *mañana*.

Cada piedra engarzada en su puesto le explicará gráficamente, en el monumento que el Sr. Vicetto erige en honor de Galicia, lo que fué esta región querida donde respiramos las primeras auras de la vida.

A esa juventud, ávida de saber, que abra las páginas de los dos libros publicados por el Sr. Vicetto, no le sucederá lo que nos ha sucedido á nosotros que creíamos, hasta hace pocos años, que Santiago de Compostela era la ciudad más antiquísima de Galicia, y otros errores más respecto á las razas que nos precedieron, que son ciertamente vituperables en el grado de ilustración que caracteriza el siglo actual.

Nuestro júbilo era inmenso á medida que íbamos concluyendo de leer un *período histórico*, á medida que nos sentíamos inundados de luz; porque con los ojos fijos en la juventud que nos sigue, ella, sobre la

base de estos libros, levantará otro monumento más gigante, que cambiará completamente la fisonomía histórica de España.

Esa juventud ilustrada por el Sr. Vicetto, agradecerá más que nadie las glorias aborígenas que constituyen estos dos libros, porque la ilustrarán completamente los trabajos de dicho señor, al hacinar las piedras de la antigüedad que hacinó, y levantar con ellas, colocando cada una en su lugar, la pirámide de la historia patria.

Las pasiones del momento, combatirán mucho estos libros, bien lo sabemos. La envidia de los que se tienen por ilustraciones y no han hecho nada por la historia del país en esta época de grandes conocimientos, perseguirá tal vez á su autor hasta la tumba, persuadidos de que ellos bien pudieron hacer lo que él hizo, si al efecto consagraran sus vigiliass, sus desvelos como los ha consagrado: esa persuasión ahora los hará intransigentes, implacables con quien, sin más que la fuerza de su génio, hace lo que nadie hizo hasta ahora.

Esos, que pasan por capacidades elevadas, al venir al mundo de la inteligencia, han encontrado la historia del país enmarañada, oscura, sin forma; y enmarañada, oscura y sin forma la deja su ilustración al morir. Nada han hecho por desenmarañarla, por esclarecerla, por formularla: la perspectiva del trabajo les impuso. En esta época de gran desenvolvimiento literario en todos los pueblos, han coadyuvado tan débil é inciertamente á la obra de la regeneración del país por medio del sentimiento histórico, que hasta han sido hostiles al pensamiento de esta publicación por el Sr. Vicetto.

Galicia ha presenciado esa hostilidad inaudita, y Galicia ha presenciado también el silencio con que contestó á esa hostilidad, porque mal podía contestar á malévolas suposiciones intelectuales cuando abstraía su inteligencia en la obra que abordaba y que publica.

El Sr. Vicetto confiaba más que en sus fuerzas, en la Divinidad; y ella ha correspondido á su confianza tan satisfactoriamente, que cada vez debe estar más orgulloso de los libros que publicó bajo este

edificante y lógico trilema, que fué el dogma social de toda su vida: *Trabaja, sufre, espera.*

Nosotros, imparciales en esta cuestion, nosotros, que no vemos sinó el bien de Galicia, y huimos de todas las estériles controversias que engendra el *personalismo*, carcoma de nuestros adelantos morales y materiales; saludamos con satisfaccion al Sr. Vicetto como historiador de Galicia.

JOSÉ MARIA POSADA.

(Faro de Vigo, correspondiente al 11 de febrero, de 1865.)

LA NUBE.

Nacarada nubecilla,
teñida de ópalo y grana,
al despuntar la mañana
de la alta montaña brilla
sobre la cumbre lejana.

Sus variados colores
la aurora refleja en ella,
se mece como las flores
y arde en vivos resplandores
como vagarosa estrella.

Del lucero matutino
tal vez eclipsa la lumbre,
y, retozando sin tino
por el cielo cristalino,
del monte choca en la cumbre.

Párase atenta á escuchar
de las aves la armonia,
vuelve impaciente á jugar
y con inmensa alegría
corre á mirarse en el mar...

Mas, al sentir la cuitada
la primera llamarada
que lanza el sol inclemente,
mustia, llorosa, angustiada
inclina la altiva frente.

Y perdiendo en la agonía
su hermosura y esplendor,
sus brisas el mar envía
que la impulsan á porfia,
ya convertida en vapor.

Sueños con que satisface
su afan la mente agitada,
que en delirar se complace,
son nubes que el sol deshace,
son humo, son viento, nada...

SEGISMUNDO GARCÍA.

Ferrol, 1874.

LOS VILLANOS DE ALLARIZ.

II.

Nanreh.

(Continuacion).

—«Hará cerca de veinte años que una niña, llamada...»

La condesa se detuvo, como si fuera á sustituir un nombre especial al nombre verdadero que debia consignar.

Hernan repitió la última palabra, llamada, para que la condesa continuára dictándole; pero la condesa aún permanecía silenciosa, con la vista en el lujoso techo de la cámara y el índice sobre los labios.

Por fin la condesa se levantó hácia la mesa, escribió su nombre, ocultándole á la miradas del paje, *Leonor de Guzman*; y en seguida fué cambiando las letras para escribirlo al revés.

Al concluir el anagrama, dictó con aire de triunfo:

—«Llamada Ronoel de Namzug...»

—¡Ronoel de Namzug! exclamó Hernan, ¡qué nombre y qué linage tan raro!

—Tan raro como la historia.

—Ah! luego es una historia la que me vais á dictar!

—Si... balbuceó la condesa llevándose la mano al corazon y mirando al paje con deliciosa ternura.

—Si es una historia, me alegro, señora; y si es de amor, más; porque me gustan más que las genealogías interminables del señor conde, que tantos regaños y empellones me cuestan.

La condesa siguió dictando:

—«Esta niña, hija de los opulentos Namzug, se crió con un paje de su edad, llamado...»

Otra vez la condesa hizo una operacion igual á la anterior: escribió *Nuño Gonzalez de Puga*, y formó el anagrama.

Quando lo concluyó prosiguió su historia:

—«Llamado Onun Zelaznog de Agup. Ronoel y Onun se amaron...»

—¡Ah! exclamó el paje, suspirando de amor hácia la condesa.

La condesa continuó:

—«Se amaron, y cuando Ronoel no contaba más que catorce años, dió á luz un niño que Onun, de acuerdo con una aya de Ronoel, se encargó de ocultar á la penetracion de los Namzug. Al poco tiempo el conde de...»

Otra vez volvió la condesa á escribir un nombre, Allariz, y formó un anagrama.

Luego prosiguió:

—«Al poco tiempo el conde de Ziralla, que ignoraba aquellos amores de Ronoel, la pidió á los Namzug, y los Namzug le concedieron su mano. Ronoel lloró mucho, porque era preciso separarse de Onun; pero al fin no habia remedio, y se casó con el conde de Ziralla. Al cabo de algun tiempo, Ronoel, delirando siempre por su amante y por su hijo, discurrió un medio para que vivieran á su lado en Ziralla: como el conde era amigo de la ca-

za, escribió á Oñun que se adiestrara en la montería, y luégo que Oñun estuvo adiestrado, lo propuso al conde por su monterero mayor, y el conde no la desairó, y aun hizo más en favor de Oñun por la protección de Noroel, lo hizo su Merino mayor y regidor de la villa de Ziral'a. De esta manera, Ronoel y Oñun volvian á verse reunidos bajo un techo; pero faltaba el niño llamado...»

Al llegar aquí la condesa escribió *Hernan*, y cambiando las letras en orden inverso, dictó:

—«Llamado Nanreh.» Ronoel discurrió y discurrió, y al fin, despues que Nanreh tuvo doce años lo introdujo de paje en su castillo, de modo que Ronoel no cesaba de dar gracias á Dios por la felicidad...

La condesa titubeó deteniéndose.

Luégo, acercándose más al paje, le dijo con cariño:

—Y bien, Hernan: ¿no es más bonita mi historia... la historia que te conté... que las del conde?

—¡Oh, sí... sí... mucho más!

Pero el paje, si hubiera tenido penetracion, hubiera comprendido mejor aquella genealogia que las del conde de Allariz: hubiera además caído de gozo á los piés de la condesa, esto es, Nanreh á los piés de Ronoel.

Por otra parte, el paje estaba tan ciegameute enamorado de Leonor de Guzman, que todo lo que no fuera mirarla y oirla, le suponía muy poco ó nada.

Y decimos mirarla y oirla, porque su amor á la condesa era de esos amores de sangre, por decirlo así, que miran sin ver, que oyen sin escuchar.

Así que, cuando Hernan miraba á la condesa, Leonor sentía esa emocion embriagadora que se experimenta delante de una cosa brillante y esplendorosa que se siente y no se vé, y si la oía, la oía sintiéndola en su alma como una armonía deliciosa, pero sin comprender su expresion...

El amor del paje era un amor que uno de nuestros hombres de mundo calificaria de amor *lelo*, y uno de nuestros montañeses de *encantado*.

Al acercarse la condesa á él despues de dictarle aquella historia singular, sus cabellos se rozaron; y los labios de doña Leonor de Guzman pasaron por las mejillas pálidas del paje como un soplo de fuego...

Pero Hernan vibraba de sentimiento, y nada más.

Luégo, las manos de la condesa cogieron las del paje, y parecia complacerse en estrecharlas, comunicándole por la presion aquel inmenso cariño de madre que su situacion le obligaba á reprimir en lo profundo de su pecho.

Pero Hernan no acertaba á su vez á estrechar aquellas manos, ni á levantar sus ojos hácia la condesa.

Si le digeran, qué personaje era en aquel drama, sin desenlace aun, que le mandara escribir la condesa, hubiera dicho sin vacilar que él era el paje Oñun, y la condesa, Ronoel.

¡Desgraciado! ¿cuando él era Nanreh!..

Tambien la condesa tenia una particularidad en su belleza que seducia más y más al enamorado paje: á pesar de tener treinta y cinco años, parecia la belleza de una niña, y su carácter caprichoso y dulce, y sumamente infantil, contribuía

muchísimo á sostener aquella ilusion erótica de Hernan.

Aquella noche parecia la condesa muy escitada por su amor de madre, amor que el pobre paje interpretaba de otra manera infausta; y Leonor se abandonaba á las deliciosas fruiciones de la maternidad, velada por las contrariedades de su suerte, llegando á besar al paje con cariño y trasporte.

Pero en el momento de estampar aquel beso que Dios debió recoger en su seno, sonaron pasos de caballos al pié del castillo, y se oyó el ruido del puente levadizo que se bajaba para recibir la cabalgata.

—¡El conde...! ¡el conde...! exclamó doña Leonor de Guzman, trémula y sobresaltada ¡escribe...! escribe, desventurado.

Y deslizándose de los brazos de su hijo, volvió á reclinarse sobre los cojines, arrojando á un ángulo de la cámara el birrete de Hernan.

En efecto, el conde de Allariz entró á saludarla á los pocos instantes.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

UN ADIOS.

Encantadora se balancea
sobre las ondas una fragata,
cual pez ligero que se cimbreo
en los cristales de azul y plata
del hondo mar.

Sobre cubierta, de centinela
la voz se escucha, dulce y sentida,
que suelta triste su cantinela
dando á su patria la despedida,
¡pues vá á marchar!

Y en la ribera del mar undoso,
cuyos cristales están en calma,
jóven marino gime lloroso,
que la doncella que adora el alma
á dejar vá.

El que valiente fuera en las lides
contra las olas del mar rugiente,
llora escuchando *nunca me olvidas*
que hermosa niña pura é inocente
llorando dá.

—«¿Por qué mi estrella su luz apaga,
dijo el marino mirando al cielo,
cuando en mi pecho se abre la llaga
que abre la ausencia? ¿Por qué consuelo
no encuentro yó?
¿Por qué su amparo mi Dios me niega
viendo mis penas y mis dolores,
viendo este llanto que el rostro riega,
viendo ya rotos estos amores
con que me unió?»

—«¡Oh! no, bien mio, que yo te adoro,
dijo la niña, ven á mi seno -
que de amor tengo, rico tesoro,
que de amor tengo mi pecho lleno
y es tuyo, sí.»

—«Oh! no, paloma, me das ventura,
dijo el marino, parto contento:
no siente el seno ya la amargura,
adiós, señora del pensamiento,
muero por tí.»

Ya tiende al viento la caravela,
que se mecía sobre la espuma,
la vagorosa pesada vela,
y cual un cisne de blanca pluma
surca la mar;
cuando á la popa triste se asoma
uno agitando su pañizuelo,
pronto parece blanca paloma
la caravela, que al alto cielo
quiere tocar.

JOSÉ CASTRO PITA.

Lugo, 1860.

GALICIA PINTORESCA.

MONASTERIO DE MONFERO.

I.

Como á unas tres leguas hácia el nordeste de la ciudad de Betanzos y otro tanto al suroeste de la villa de Puenteume, entre las sierras que remiten sus aguas á los rios Eume y Mandeo por medio de gran número de afluentes del uno y otro, y allí donde nacen las del rio Lambre que desagua al occidente en el mar de Sada, despues de bañar á Vilamateo y La Viña, Guimil y Lambroa, Calobre y Villouzás, Beemantes y San Pantayon das Viñas, yacen ocultas las ruinas de uno de los más notables monasterios cistercienses, el de Santa María de Monfero. Alzase por el oriente la sierra de Moncoso y sus esribos vienen á dar al severo lugar de aquellas ruinas guarecidas por las montañas que con los nombres de Cárcel, Coto de Montehouse, Cela, Acibeiro, Chao do Mariño, Parrochas, Edrada y Enjertión con el monte do Rigo atravesando á Santa Juliana, ocultan el monasterio de lejanas miradas; á no ser por la parte meridional desde cuyas apartadas sierras aún pueden divisarse sus mutiladas torres.

Pocas sierras pueden reconocerse de más impotente magestad que las de Monfero, ni cuyo horizonte se ofrezca más extenso y variado para el que se remonte sobre aquellos pizarrosos picos que á manera de arrimadas tablas de azabache reflejan la luz solar sobre aquellas mesas elevadas, de sabroso pasto á las cabras monteses y aquellas hondas cañadas de soberbia vegetacion de uces, tojos y robles, entre los que se cobijan durante la noche de tempestad y tinieblas el toro y el caballo salvaje con los ciervos y javalies.

Descuella sobre todos, el Pico de Váles, 2463 piés más alto que el nivel del mar, dominando las sierras de la Loba y de Moncoso y la del Cordal de Montouto, despreciando las fortalezas, torres, castillos y poderío de las ciudades populosas que á lo léjos advierte, lo mismo que el alta mar que allá en lontananza le muestra sus islas y sus faros. Nace á su pié el rio Fray Bermuz que al norte camina atravesando á Gestoso, para aumentar el caudal del encarecelado y silencioso Eume, en tanto que al suroeste marcha otro igual á incorporarse al ruidoso Mandeo, atravesando por entre Irijoa y Berins, Mántaras y Churio, San Guíao de Vigo y Curujón.

En una queiebra, pues, de tan accidentado país, se fundó el monasterio cisterciense de Monfero ó de Monte fiero ó terrible, hoy enteramente solitario, sin un solo habitante que lo guarde, un solo ermitaño que haga respetar del impio, el lugar santo é impio con su venerable aspecto esparcir al viento las nobles cenizas allí depositadas.

Bajando de las ventas de la Visura, se cae en el atrio del templo y de la portería del monasterio, sombreado aquel campo con dos esbeltos y frondosos fresnos. El recinto monacal se ve aún circundado de muralla y torreones á trechos, entrándose al atrio por un arco coronado con la cruz. La fachada principal de la iglesia mira á occidente y se halla constituida por un cuerpo de cuatro bellas columnas y dos pilastras estriadas del orden corintio, cuyas elegantes bases apoyan en el mismo pavimento del atrio, sin otro pedestal y van á sustentar sobre los bellos capiteles el cornisamento de flores, estrias y modillones con que termina sin frónis alguno, mientras que en la parte central se abre la puerta y ventanas y otras colateralmente y hornacinas en los intercolumnios, entrepañado todo con adorno de casetones en que se engastan negras y bruñidas tablas de pizarra, flanqueando, por último, dos torres esta fachada magestuosa.

Rompe la parte central inferior la puerta del templo con una cruz como la de Santo Domingo, esculpida en su clave. Ábrese encima una ventana rectangular decorada con frónis y más arriba otra con la punta superior cortada en media luna terminando con otra ventana rectangular, de buenos marcateados. Colaterales, véanse rectangulares y marcateadas hornacinas para las estatuas de una reina y una monja ocupando ésta la derecha del observador. El fondo de las hornacinas, distribuido en dos arquitos y cornisa tras las estatuas, alzándose ellas sobre esbeltas ménsula y advirtiéndose con guarnicion las esquinas superiores cortando ángulos y así mismo cortado el frónis por el ángulo superior aunque con poco espacio. Ventanas luego más arriba como las inferiores y central, con luz de arco circunscrita por marco rectangular, adornando sus claves la cruz semejante á la de Santo Domingo.

La torre de la derecha eleva dos cuerpos sobre la fachada; el primero cuadrado con su pedestal, un arco á cada frente abrazando una ventana rectangular á cuyos lados se notan pilastras bajas, en número de ocho por frente, que suben una esbelta cornisa sobre la cual se levanta ochavada el segundo cuerpo, de basamento y dos pilastras á cada lado del único arco de cada cara, intermediando luego otras tres pilastras por el plano de las ochavas, todo con entrepaños de florones y picos, suspendiéndose la obra ántes de empezar la cornisa de este cuerpo.

La torre de la izquierda quedó tambien en la conclusion del basamento del segundo cuerpo, y ambas torres concluidas ofrecerian un aspecto hermoso.

Entrando luego al templo, se reconoce aún aquella soberbia nave de unas setenta y siete varas de largo, por quince de ancho, con proporcional altura, de una arquitectura bien desempeñada por el orden y estilo de la fachada principal ó sea corintio y del siglo XVII, segun se ha podido vislumbrar ya, por las mencionadas indicaciones. La escultura ha padecido tanto, que sólo restos se veian tendidos por el suelo, en la mañana que con dolor examinábamos aquellas sagradas ruinas de dorados capiteles y mármoreas columnas entre el polvo, y no pudimos sofocar un estremecimiento de horror, al tropezar nuestros piés con los tendidos monges de hábito blanco y vista fija y clara, que abierto el cráneo, vertian fresca y preciosa sangre todavia que corria por su frente. Eran estatuas del tamaño natural y de mártires que traían á nuestra memoria, uno de los más afflictivos, cruentos é innecesarios episodios de nuestra revolucion.

Hasta unas veinte y dos varas de la entrada, se extiende el coro suspendido en alto por una vóboda de casetones lisos y achatada, y á las treinta y ocho varas rompe el crucero del templo, sustentada la

gran linterna de ocho ventanas rectangulares, por ocho pilastras, dos á cada ángulo saliente, con gran cornisamento de florones, el que recorre así mismo todo el ámbito del claro templo, que en forma de cruz, presenta á su cabeza la capilla mayor y dos colaterales en sus brazos. El espacio comprendido entre la puerta y el crucero, presenta contra el muro á cada lado cuatro pilastras y dos á cada ángulo entrante de la cruz, las cuales alzando el bello cornisamento y sobre él mismo los arcos de compartimento de las bóvedas, se presentan éstas con un aspecto tal de magnificencia con sus casetones de gran relieve á dos marcos, ingerto el uno en el otro, pasando una faja desde el centro de cada lado del interior, al centro de cada lado del exterior, con tal gusto en el trazado y tal maestría en la ejecución, que dejan estas bóvedas atrás las mismas del gran templo del monasterio también cisterciense de Sobrado.

En cada brazo de la cruz y contra la capilla mayor, hay además una capilla con casetones y ornato de florones por la arquivolta; pero la que más llama la atención ahora es la capilla de la Virgen de Cela, al frente del brazo de la cruz á la parte septentrional que presenta un rico altar de granito, formado su retablo por dos pedestales de cuatro casetones uno, que elevan cuatro columnas del orden corintio, que es el de todo el templo, con su bella cornisa y un frontis curvo y cortado segun el gusto de la época, coincidiendo á sus lados con las columnas, cuatro pedestales y sus remates de urna, y sobre el frontis otro remate de que sale una torneada cruz. Ostenta el frontis un gran pergamino figurado con el escudo de armas del monasterio en relieve, que son un brazo con manga de cogulla sosteniendo el báculo abacial en la mano, dos flores de lis á los lados superiores, abajo la mitra y atrevesado sesgadamente el escudo por una banda.

Todo este conjunto abraza una capilla con bóveda de adorno de casetones y florones, más la faja, lo mismo que la guarnición del arco alzado por pilastras estriadas sobre su imposta, mostrando las pechinas la cruz parecida á la de Santo Domingo. Aún se ve dorado ricamente todo ese cuerpo arquitectónico que resistirá un poco más por ser de piedra herroqueña: es obra del año 1666 segun la inscripción, y aquí se veneraba la Virgen de Cela aparecida en el monte de este nombre donde mana una rica fuente.

Una capilla que denominaban del Santo Cristo, se reconoce por un arco existente bajo la galería del órgano, á la derecha como entramos despues del coro.

Tras la capilla mayor hay una pieza muy notable y de nombradía llamada *la Chirola*, que viene á ser una sacristía cuadrada de unas catorce varas por lado con cuatro altares, uno en cada muro y la bóveda cincelada con profusion de relieves y casetones representando blasones, cruces, rostros, lunas, soles y estrellas y otros mil objetos; pero no ejecutado eso con aquella maestría que se reconoce en la arquitectura del templo: aunque no se hubiese grabado allí en caracteres arábigos el año 1716, lo revelaría la idea y ejecución de aquellos relieves. Se entra á ella por dos puertas por donde al incensar se penetraba y salía cuando se celebraba el sacrificio, pues esta veneración se guardaba en tiempo de los monges, quienes despues del altar mayor venían á dar incienso al que á la espalda tenía en la Chirola.

Existe además la llamada sacristía con su fuente, donde los nombres de Jesús y Maria están inscriptos, de bastante extensión, pues tendrá diez y ocho varas de largo por quince de ancho, con tres arcos sostenidos por columnas y dividida la bóveda en seis compartimientos; siendo esta obra, segun la inscripción, del año 1790.

(Se continuará.)

ANTONIO DE LA IGLESIA.

T. II.

A UNA GOTA DE ROCÍO.

Entre la agreste espesura
duermes en medio de flores,
y en mil variados colores
posas tu nímia frescura
lamiéndoles sus verdoras.

Tú absorbes, líquida gota,
sus capullos entreabiertos;
y en sus hebras vaga ignota
tu fluidez, que en los huertos
brillantez derrama y brota.

Te encuentras acariciada
por la brisa gemidora,
y al cimbrar en la enramada,
serpeando bullidora,
luces tu sien argentada.

Y en las matas, donde anida
tu tersa y pálida luz:
¡allí renace tu vida...
bajo un funeral capuz
y entre la alfombra mullida.

LUCIANO RODRIGUEZ.

Ferrol 31 de mayo de 1875.

TIPOS POPULARES DE GALICIA.

EL CADICEÑO.

Allá léjos, por el camino que blanquea entre los viñedos y maizales, veo aparecer, como caballeros con lanza en ristre, dos hombres bélicamente armados de enormes paraguas, y cuyo aire y contoneo viene diciendo: ¡Qué entramos!

Y á fé que no sé si retirarme de mi ventana por temor á un reto de esos que hacen estremecer las inanimadas piedras, y temblar las montañas. ¡Han aprendido tanto esos benditos, allá por las tierras de *María Santísima!* Voelven tan sabios y avisáos que no sería extraño adivinasen con sólo mirarme al rostro, que estaba tomándoles la filiación para hacer su retrato.

Y atrévase cualquiera, á mostrarle á su prógimo siquiera en leve bosquejo las grandes narices ó las grandes orejas con que les dotó la pródiga naturaleza. Oh! yo sé perfectamente cuán peligroso es tal oficio. Pronto el de las grandes orejas, ó el de las grandes narices, sin pararse á considerar que no todos podemos ser, y de ello me pesa, lo que se dice miniaturas, se volverá iracundo contra el artista diciendo:

—Voy á romperle á V. el alma; yo no soy ese fantasma que acaba V. de diseñar: V. hace caricaturas en vez de retratos.

Y si el artista es tímido, tiene entónces que volver á cojer el pincel y en dos segundos chifl chifl pintar las narices y las orejas más cucas del universo.

Mas no haré yo tal, por sólo obedecer á una exigencia injusta, que ántes que nada, el hombre

debe ser fiel á la verdad, y el artista á la verdad, y al arte. Quieran, pues, ó no quieran, los que escupen por el colmillo, me decido á cumplir con la espinosa misión que me ha sido encomendada, y advierto, que como mi conciencia juega siempre limpio, en tales lances, de hoy más, serán inútiles las protestas, inútiles asimismo las amenazas vanas.

Siento en mí un inexplicable pero hondo deseo de desahogar el mal humor que me produce la variedad del tiempo; que ora es claro, ora nebuloso, ora frío, ora fastidiosamente templado, y he resuelto entretenerme en dibujar varios tipos. Si á las gentes les pareciese demasiado atrevido ó trivial este propósito, murmuren de ello en buen hora, pero no olviden que el mundo es una cadena, que el que con hierro mata, con hierro muere; que todos pecamos, y por último, que quien escribe estas páginas sabe muy bien, que sin haber dado permiso para ello, no habrá dejado, más de un aprendiz de dibujo, de hacer su caricatura.

Dos pollinos cargados con baules, hasta reventar, siguen humildemente á los hombres de los paraguas, que item más de este mueble incómodo, y á pesar de estar en el mes de junio, traen grandes capas y botas bien *aforráas* y *comprías* cuando la sequedad y el calor convidan á andar descalzo por entre la fresca yerba.

Al llegar á las puertas de la ciudad empiezan ya á *perguntar* en donde *haberá* una *posáa* de las *boenas* y de *segoría* por lo que hay que perder. Pero como ántes de encontrarla quieren *locir* los *bayules* de *coero* de Montevideo y demás *prendas* y *alquipaje*, atraviesan por las calles *prencipales*, fumando un habano de la *mejor cualiá*, y hablando el *andalú* más *desfigurao* que pueda oír una criatura racional.

Mas á decir verdad, hablan con tal desenfado y arrogancia, con una fachenda tan *compría*, escupen al uso de los *currillos* con una gracia tan *semeillante* á la suya, que *naide* al verlos deja de conocer que acaban de abandonar á la gaditana gente.

Cuando se han alojado, todo lo quieren á la usanza de *asoera* porque *dendes* que *degaron* el país, *en jamás* han *poio* arrostrar un *chopo é caldo*, como *non* fuese *limpo*, con bartura de *garabanzos*...

—Cuánto tiempo han estado VV. en Cádiz? les pregunta la patrona.

—¡Ya hay! responde uno. *Pró* mi parte *dos* años y cinco dias, y *ainda más*, media *miñana* del *güebes*, en que me embarqué en la *vadia* de Cais, y mi amigo tres años y tres meses en *Malparaiso*.

—Vaya que ya traen corrido mundo! dice la patrona, mientras que uno no sabe salir del lugar en donde nació. ¡Y qué bien se les *há* pegado el castellano, que parece que lo *mamaron* con la leche, y lo mismo los modos de por allá!

—Tomal responde uno con mucho garbo, mientras *guña* un ojo y *tuerce* todo el cuerpo sobre una cadera. Lo mismo me *iclan* por allá las chicas *Jazú!* *excramada* la *Guana* cuando me vestía de cura, este *jallejo* tanta *gracia errama*, que *parez* *qu' a* nació *antre* la gente *zalá*, *pró* que *neturalmente*, *dendes* que *salín* *da* *terra*, *nunca* *puden* *volver* *á* *la* *fala* *de* *verdá!*

—¡Pues *n' á* ser *verdá!* prosigue el otro. *Pró* la *Habana*, y *pró* *Cais* todos los del *pueblo*, *che-*

quitos y grandes, *habran* el *andalú*, y no *coma* por aquí que son gallegos *coma* las *vacas*:

—Cierto es, contesta la patrona, que es tan cerrada de mollera como ellos. A ir yo á esas tierras, no hubiera vuelto á la mia, que siquiera por sólo oír hablar á todo el mundo castellano y andaluz, estaria uno á media ración... Además de que según me han dicho, tan buenos son esos pueblos de afuera, que no se vé en las plazas, pan de brona, porque parece que no lo hay.

—*Qu' á* haber *Señora!* brona? ni los perros la arrostran, ni la hay en el mundo *coma* no sea aquí. Pan *branco* de *diario* y á *pasto*, lo comen probes y ricos en *Cais*. Por la *miñana* *m' angollaba* yo de un *bocao* un *panisillo* y *dempues* los que *caian* *por* *tó* *el* *dia*.

—Cuánto bien de Dios! no sucede aquí tal cosa, no, que con leche ó *papas* tiene uno que contentarse.

—Pó allá carilla va la leche. *pro an raviero* lo *él* *panisillo* *n' es* *ná*. Sepa *osté* que á la *medodia* tomaba *coma* un caballero mi *pochera* con un *cuartaron* de carne, *patacas* correspondientes y *garabanzos*, un *neto* de vino de lo tinto, y andandito.

—¡Qué le parece!.. ¡y por la noche?

—*De cea á* según *pro á* de *cote*, un *jaspacho* que *m' hacia* la *Guana* de lo *chichirico*.

—Ahí tienen VV. ¡Miren que vida de reyest! y váyase á pedir aquí todo eso que ya se encontrará. Sobre todo ese *gaspacho* ó *jaspacho*, que no sé lo que es, pero que de seguro debe saber muy bien por estar hecho al uso de esas tierras.

—*Pro savio*, señora. *Se come* *cruo*, *y parés* *cocio*.

—¡Eso mas! y dígame, ¿á qué vendrán aquí las gentes de esos pueblos, benditos de Dios, y lo que es *más*, se quedarán en este desierto donde no es costumbre hacer *gaspachos*?

—Se quedan de *prisision* y *antramientrás* no acaban lo que le es menester: algunos dirán que por aquí se comen las *boenas* *froitas* y *lagumes* y *peixe*... *pro de verdá* en *noestra* tierra sólo se *atopa* *morriña* *dégo* los *peixes* y las *froitas* y las *lagumes* á quien las quiera y *voime* á *foëra* á buscar los cuartos.

—¿Y como VV. no se quedaron por allá lejos, en donde ne oyesen hablar más de Galicia?

—Tenemos *mentres* de volver á marchar y sólo *vimos* á *trajerle* á *nostra* gente las *boenas* cosas que ganamos. A mí no me *abastaron* *tovia* *coatro* *bayules*, bien *atacaos* y *tiven* que dejar en *cas* de un *compañero* *varias* *aseutos* que me *mandará* *por* *embarque*..

—Eso es sabido, ninguno vá á fuera que no venga rico, sobre todo los cadiceños, murmura la patrona sonriendo.

—Yo tal cual, dijo el de Cádiz escupiendo con desdén por el colmillo, *pró* lo que á mí *respeuta*, no es por *fachenda*, *pró*... tengo *pa* una *infirmidá*, y *pa* una *acasion*, y *pa* poner mi casa á *estilo* de *Cais*.

—¡Vaya! ¡vaya! qué ya pueden estar contentos: ¿y de qué lugar son?

—De Santa Maria de Meixide... *pró*... *compañero*, *seica* ya no *darémos* con la *breda*, *poes* con motivo de haber *estáo* *foera*, se nos *haverá* *barrido* de la *mamoria*.

—*Quizais!* responde gravemente el de la Habana. *Buscaremos quien nos lo amostre.*

—Pierdan cuidado que yo lo haré, exclama la patrona: hé ido muchas veces por allí.

Mi dicho mi hecho.

Sin abandonar el paraguas ni la capa, ni el cigarro, se pasean por la ciudad, y entran en casi todas las tiendas para comprar algunos objetos, que regalan á su gente como *nativas de Cais*,

La patrona les enseña despues el camino, como á extranjeros que han perdido su ruta: ellos se dejan guiar como si lo ignorasen, y emprenden la marcha con el aire más grave que pueden, teniendo buen cuidado de llevar el puro en los labios; y el *andalú* en la punta de la lengua. Ninguno sabe decir ni una sóla palabra en gallego, y casi están por olvidarse de la puerta de su casa y del nombre de sus amigos. Lo que no deja á veces de causar risa á las gentes maliciosas que no son pocas entre nuestros aldeanos; pero los pollinos que cargados siguen á los *forasteros* imponen respeto á los más y cada cual cree adivinar un tesoro, tras el *coero* de Montevideo, de que están hechos los *bayules*.

El padre, la madre, el hermano ó la esposa, notan bien pronto despues de los trasportes del primer momento, que el que vuelve al hogar de la familia, no es ya el hombre que era ántes, lo cual en nada disminuye el cariño que le profesan; por el contrario, hace nacer en su alma hácia el recién venido, cierto respeto de que se enorgullecen.

Y en efecto, aquel que hace dos años era un aldeano como ellos, viste ahora de un modo distinto, habla de gazpachos, y de pan blanco *comido à pasto*, ó de *chimiticas del Congo* detesta la brona, como si jamás la hubiese tocado, cada palabra que sale de su boca es una sentencia, no teme ni á Dios ni al diablo, ni le importan *feridas d' ollo* y por último habla *el andalú* coma si lo hubiese *deprendido mesmo dendes sus prencipios*. ¿Cómo pues pueden tener al *forastero* en tan poco como á si mismo?

ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA.

(Se concluirá.)

EL DIA.

BALADA.

El día amanece sereno y riente:
el alba sus cintas de blanco fulgor
extiende allá léjos, do empieza el oriente,
bañando en mil tintas de ténue color.

Ya sale la aurora, los montes ya dera,
y vuelve á los campos su vida y matiz;
y cobra el ambiente frescura, y colora
su luz á la rosa y al rojo alelí.

Ya cantan las aves en la selva umbria,
ya pierde sus tintas el rubio arrebol,
ya muere el crepúsculo en brazos del día,
ya se alza y domina las cumbres el sol.

Radiante, esparciendo su luz refulgente,
cruzando el espacio, domina el zenit,

y sigue, y descende, y pinta occidente
de ópalo y oro, de grana y zafir.

Sus rayos reciben las ondas sumisas,
el Héspero esparce su luz en redor;
las aves callaron, se duermen las brisas,
las flores se cierran y pierden color.

Se van del crepúsculo las débiles cintas,
silencio y misterio las siguen en pos,
millares de estrellas de pálidas tintas
tachonan el cielo... ¡adios, día, adios...!

ANTONIO DE PAZOS Y VELA-HIDALGO.

Ferrol, mayo de 1875.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

Movimiento democrático-galaico en el siglo XV,
y asesinatos del obispo de Lugo don Lope y del
de Orense don Francisco Alfonso.

(Continuacion.)

VIII.

El padre Florez (1) dice:—«El obispo don Francisco Alfonso, ocupó la sede de Orense desde 1409 hasta fin de octubre de 1419. Este fué el último año del pontificado. Desde que entró en su iglesia, se dedicó á remediar desórdenes, en que tuvo su zelo mucha materia, y la paciencia más en que sobresalir, por las graves y continuas inquietudes en que hasta la muerte se la ejercitaron sus émulos. Llegó á tanto la insolencia, que los vasallos no respetaron al Señor (2) y las ovejas se volvieron contra el pastor. Introdugeron gente de armas en la ciudad: tumultuaron el pueblo: obligaron al prelado á que se refugiase á la catedral, y allí le tuvieron sitiado. El móvil de este desórden fué un regidor, llamado *Diez de Espinosa*, otro de los que le sitiaron era *García Diaz de Caguerniga*; con *Pedro Lopez Mosquera*, escudero y alférez mayor de don Fadrique, duque de Arjona, y conde de Trastamara. Ese Pedro Lopez fué el más sacrilego, pues confesó despues los muchos males y daños que hizo al obispo y á los suyos.»

«Sosegado el tumulto no desistió el prelado de vindicar sus derechos, por no cesar las violencias de los más injuriosos. Estos se fueron cegando más cada día en la maldad, hasta llegar á lo sumo de intentar quitar la vida al obispo, como lo consiguió el mencionado Pedro Lopez Mosquera, por medio de su escudero *Lope de Alongos*, el qual con otros criados salieron al encuentro al prelado, en ocasion de ir á visita, y una legua más abajo de Orense á la orilla del Miño, le precipitaron en el sitio que llaman *Pozo Mesimon*, donde se ahogó. Consta así por el Tombo de Beneficios fól. 240, donde hay relacion de que *Pedro Lopez Mosquera* dió al cabildo las presentaciones que tenía en los curatos de San Pedro de *Moreiras*, y San Martin de *Mugares*, por

(1) Esp. Sag. T. 17, pág. 446.

(2) Y por qué ley divina ó humana los ciudadanos de Orense debían ser vasallos y el obispo señor?—En lo espiritual, convenido; pero en el órden social, no: todos no eran sino unos pobres gusanos de la Tierra.

haber mandado matar al obispo don Francisco en el referido sitio, y por medio de los expresados.»

«En 2 de noviembre de 1419, ya estaba efectuada la maldad, aunque se ignoraba el modo y sitio: entonces pidió al cabildo el lugar-teniente de la fortaleza, que le alzase el pleyto-homenaje hecho al difunto obispo, y le tomase de su mano, como expresa una nota puesta en el libro del chanciller Rodrigo Alonso.»

«El cabildo Luscó el cuerpo del prelado, y le dió sepultura en su capilla de Santa Eufemia, como afirma el Sr. Muñoz. Promovió también que se hiciese pesquisa de los delinquentes por el provisor del prelado siguiente: y hallados algunos reos, recurrieron al papa Martín V, para que diese bula sobre la absolución. Esta vino cometida al Maestro Fr. Alfonso Gomez, del Orden de San Francisco: quien la presentó en Cabildo día 18 de julio del 1425 presente el Provisor del Obispo D. Alvaro Perez: y compareciendo allí Garcia Diaz (ya nombrado) confesó que con sus gentes y con otros había tenido cercado al obispo D. Francisco, por lo que incurrió en excomunion y otras graves penas. Dijo también que tenía orden del Rey para ir á Campaña: y que por tanto rogaba humildemente quisiesen absorverle. En penitencia y satisfaccion del agravio que hizo á la Iglesia, ofreció unas casas que tenía en esta ciudad, y que daría mucho más, si viviese. El Comisario Apostólico y el Cabildo, viendo el arrepentimiento (1), otorgaron la absolución, que recibió con penitencia, puesto de rodillas, desnudo de medio cuerpo arriba, y el dicho Fr. Alfonso Gomez rezó sobre él un Psalmo de *Miserere* dándole en las espaldas con su cordón.»

«En los días siguientes fueron absueltos otros trece cómplices: y en 29 de noviembre del mismo año compareció en Cabildo el ya nombrado Pedro Lopez Mosquera, confesando que había tenido cercado al obispo D. Francisco, y que así á él, como á los suyos había causado muchos daños. Reconoció lo muy culpado que estaba, y pidió la absolviessen de la Excomunion, y le perdonasen. Ofreció desde luego en satisfaccion las Presentaciones ya dichas, con un poco de renta: y visto el arrepentimiento, se lo absolvió. Así consta por el Libro 2. del Chanciller, Aurario, fol. 57, 58 y 71.»

«Parece que por entonces sólo se hizo pesquisa del público delito de haber cercado al obispo. Los actores de su muerte no constan por entonces, acaso por haberse atribuido á casualidad el precipicio en las aguas, pues (segun nota el Señor Muñoz) el camino de aquella parte es una cuesta muy pendiente que cae hácia las aguas; pero despues se divulgó la muerte violenta, ocasionada por el ya dicho Lopez Mosquera: y se halla declaración sobre esto, de D. Pedro de Tamayo, Rector del Beneficio de Moreiras, en el año de 1489. Véase el citado Libro de Beneficios.»

IV.

Esto dicen los escritores clericales. Oigamos ahora la apreciación de los escritores no clericales:

«Con mayores intervalos de paz transcurrió todo el siglo XIV, — dice el Sr. Barros y Sibelo (2), — si bien en los últimos años los fueros otorgados á la nobleza por las necesidades de las guerras, autorizaban á esta para cometer desafueros que no siempre podían ser corregidos por el poder real.»

(1) Para el clero, arrepentirse, es darle dinero ó cosa que lo valga. ¡Qué escándalo! ¡Qué moralidad! ¡Cómo patentiza esto su avaricia local!

(2) Crónica de Orense, 1874, ya citada.

«Las ciudades habían también crecido en vecindario, y ayudando con toda clase de socorros á los reyes en sus calamidades, obtuvieron como justa recompensa los derechos del municipio. Por iguales motivos y en virtud de últimas donaciones, habían crecido en número y riqueza los monasterios, obteniendo á la vez prerogativas y privilegios de gran valía. Por manera que aquella sociedad nacida en medio de la azarosa anarquía de las guerras extranjeras ó intestinas, iba consolidándose aunque en un germen vicioso, y en el siglo á que aludimos, los tres brazos del estado, clero, nobleza y pueblo, luchaban de poder á poder escudando su autonomía con la fuerza de los privilegios y cartas-pueblas que cada uno había obtenido.»

«Orense contaba ya con la carta de donación hecha por el obispo Don Diego, á favor de sus vecinos, cuya carta confirmó la reina Doña Urraca el año de 1126; tenía además la de Don Alfonso VII, confirmando fueros al vecindario así como las de D. Fernando II y Alfonso X, que en algunos asuntos de interés municipal, servían de valla al poder de la mitra.»

«El obispo y cabildo, presentaban otras con no ménos derechos y prerogativas, y estos favores encontrados, nacidos de la necesidad de los monarcas, dieron márgen á las revueltas con que empezó el siglo XV; escándalos en que tomó parte el pueblo y el clero, imprimiendo en las páginas de la historia de cada localidad, horrores que no autorizan nunca la razón ni el mejor derecho.»

«Bajo tan tristes auspicios, empezó en 1409 el pontificado de Don Francisco Alfonso. Este prelado de carácter poco dócil, y exagerado en la observancia de sus prerogativas, se declaró en abierta pugna con el pueblo. Los ciudadanos alentados con el favor de los jefes del municipio, protestaron contra las exacciones y gabelas impuestas por el obispo: no hubo concordia posible entre ambas partes, y como las razones y derechos y los del pueblo no bastasen á calmar la sin razón de ambas autonomías, agotada la paciencia y estimulados los ánimos, rompió el tumulto y al grito de alarma, vióse precisado D. Alfonso á refugiarse en la catedral.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

SOLO YÓ.

Era la aurora. Lontananza bella
horizontes de lumbre descubria,
y en su arrobo feliz el alma mía
otra aurora soñó.
Del alba los cendales descorriendo,
ondas de luz el nuevo sol vertiera...
nube de horror apareció en la esfera,
y el astro se eclipsó.

Era la tarde. Por do quier la ga'a
de sus riquezas ostentó natura,
y mi fiebre de amor y de ventura
otro mundo fraguó.
Mágica primavera de la vida
la sien del hombre coronó de flores...
vino el austro cruel con sus rigores,
y hojas secas me dió.

Era la noche. El redoblar del trueno
eco de muerte despidió al vacío.

fuera ya entonces que el pecho mio
un consuelo alentó.
El peso horrendo de existir amargo
pudo inspirar un criminal anhelo...
el rayo del Señor brilló en el cielo...
sólo me salvé yó!

TEODOSIO VASTEIRO Y TORRES.

Madrid—1875.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

V.

La noche en el Cosmos.

(Continuacion.)

La ví reclinar su cabeza contra el respaldo de la ligera manston, y la imité sin desplegar mis lábios más que para desealarla un reposo tranquilo y sosegado.

En tal actitud ya, empecé á notar que mis sentidos se embargaban por momentos, en tanto que un vago é incierto recuerdo, presentando á la mente confusas imágenes, la mantenía en constante actividad. Poco despues figuróseme ver la Tierra, que habíamos abandonado por la mañana, perdida en la distancia y apénas del tamaño de un grano de arena. ¡Ah! pensaba yo, ¿á qué está reducido nuestro planeta, que antes me parecía tan vasto, y cómo enmudece la grandeza humana! Cuando no habia penetrado, por decirlo así, en este Cosmos, creía que el hombre era algo, y ni sus huellas se ofrecen aqui á la vista. Han desaparecido los palacios, ni un rayo ilumina las ruinas de los templos, no se distinguen las ciudades, ocúltanse las naciones, no se perciben los continentes, bórranse los mares, es un átomo el globo. Sus dimensiones, asombrosas para mí en otro tiempo, y sus mil millones de habitantes, con todo su poder y riqueza, se convierten en nada ante el vacío. Es decir que todo aquello que yo estimaba como grande é impecederó, todo aquello que el hombre en su delirio considera como título eterno de grandeza humana, es un infinito de orden inferior ante el infinito de la nada! ¡Ah! cuantos sueños hoy desvanece la severa realidad! Y sin embargo, ha sido preciso ver la Tierra desde tan léjos para sospechar que es un punto relativamente al universo, y comprender que es el hombre leve sombra no más, cruzando el cementerio de su superficie. Sumido en el beleño de una loca vanidad, el hombre está ciego en medio de las ruinas que le rodean. Cada dia que pasa róbase un pariente ó un amigo y le dá un empellon hácia la tumba, sobre la cual sólo su razon puede elevarle. Y sordo á esa voz que se lo dice á todos los momentos y en todos los lugares, corre victima de ardiente sed en pos de placeres y tesoros, cifrando en ellos su felicidad, sin acordarse siquiera que háy muchos miembros en la sociedad sufriendo los rigores de la miseria, á

T. II.

quienes podría consolar, si egoísta no viviese para sí sólo.—Veía yo entonces bien claro lo efímero de nuestra existencia y cuán amargo sería no esperar un más allá despues de la muerte, cuando me pareció de repente oír á Guda murmurar:

¡Ah! do quier ruinas, dolor, quebranto,
sólo en la vida es eterno el llanto.

—¡Guda! llamé ¿qué teneis?

—¡Bah! dijo riéndose, estaba soñando.

—¡Vost!

—Si tal, yo ¿qué os sorprende?

—Nada, nada, durmamos.

—¿Qué sueño tan inexplicable!

—Si?

—Ya lo creo.

—¿Qué soñabais?

—Que os habiais olvidado para siempre de mí, y que me hallaba perdida entre unas ruinas.

—Todos los sueños son quiméricos: tranquilizaos y procuremos descansar.

Lo procuramos, en efecto, y un momento despues dormiamos, aunque no profundamente.

VI.

Un ateneo ambulante.

Cuando desperté, ó para hablar con más exactitud, cuando mis sentidos recobraron su habitual actividad, la decoracion habia cambiado algun tanto. Disminuía visiblemente la magnitud de la Tierra y aumentaba la de la Luna, la cual quedaba poco a poco detras de nosotros. Sentíase en torno un *dolce far niente*, pues los rayos del sol, ó por no transmitirse bien á través del éter llamado materia cósmica, y que en mi concepto no existe en aquel vacío, ó por razon de la distancia, ó, lo que es más probable, por la mayor inclinacion del plano en que nos movíamos respecto al del centro de gravitacion, si es que no obraban de comun estas tres concusas, se hacían ménos intensos por momentos. Me preocupaba mucho la idea de que sin una atmósfera pudiésemos respirar y no peligrase nuestra existencia. temor que me habia asaltado desde un principio, porque me horrorizaba pensar que llegaría el instante de ver á mi amada Guda buscando en vano aire con que renovar el oxígeno tan indispensable á la pureza de la sangre, agitándose con anhelo y pidiendo lánguidamente un socorro que no estaria en mi ofrecerla, ni aún á costa de mi vida. Maravillábame, pues, verla tranquila y sosegada, apoyando su divino rostro sobre el brazo derecho, bañada por los rayos de un sol que llenaba con su macilenta luz el espacio sin difundir sufocante calor sinó, al contrario, una agradable temperatura. ¡En qué encantadora actitud estaba Guda! Velados sus ojos por largas pestañas, no dirigian, es verdad, aquellas miradas que sellaban la bondad y pureza de su alma angelica!, pero daban cerrados un seductor tono de armonía á aquel delicado rostro, que ningun artista podría imitar, desde Ceuxis á Rafael, desde Apeles á Murillo. Sus mejillas, vestidas de nieve y rosa ¿qué pincel llegaría á copiar, ni en qué paleta se hallarían tan escogidas y suavísimas tintas?.. En su abandono ¿cuán superior

A 7

me parecía á Ariadna sobre la roca, á Dido abatida contemplando desde la desierta selva la huida de su ingrato Eneas!—¡Ah! mi fiel, mi adorada Guda! ¡Cuánto admiraba entonces tu heroico corazon, tu noble y pura pasión hácia mí! No supiste entonces, no sabrás nunca los juramentos que hice allá en el santuario de mi conciencia, de consagrarme para siempre á tí, de no vivir más que para tí. Y bien mezquino premio era este á tu ciega y desinteresada adhesión, amada Guda, pero ¡pobre de mí! hé ahí cuánto podía ofrecerte. Yo te miraba, y tu imagen trayendo á mi mente ideas martirizadoras parecía derramar una gota de hiel en mi corazon al pensar lo que sería de tí en la soledad del infinito, si yo llegaba á faltarte; el terrible momento que precedería á mi muerte, si el hado cruel, siempre envidioso de la dicha humana, te arrancaba de mí por un aciago accidente.

Al fin Guda se incorporó y su primera mirada, una mirada de inefable ternura, fue para mí. Yo la acogí con una sonrisa de gratitud.

—¡Cuántas horas sin vernos, sin hablarnos, dijo con melancolía.

—Diez, respondí: nos hacia falta el reposo.

—Sin duda.—Y sabéis que nos vamos alejando considerablemente de la Tierra, añadió fijando sus ojos en el planeta que habíamos habitado.

—Mucho; la velocidad de nuestra marcha es asombrosa ahora.

—Creo que no tardaremos en llegar al término de nuestro viaje.

—¡Oh! es demasiado pronto; ved allá á Saturno.

Y le señalé un astro, ó un punto de pálido fulgor, que empezaba á percibirse débilmente.

—Estamos todavía muy separados de él, respondió fijando en aquel planeta una expresiva mirada que encerraba todo el pensamiento que la dominaba.

—Ante una rapidez como la nuestra, desaparecen las distancias.

—Si quisierais interrogar al genio!

—No hay inconveniente, pues por mi parte también deseo oírle acerca de algunos misterios que nos rodean; empero habréis de dispensarme, Guda mía, que no le hable por el momento del fin de nuestra excursión, pues temo desagradarle con nuestra exagerada impaciencia.

—Concedido, querido Armando: oyendo al genio y teniéndoos á mi lado todo lo olvido, tanto más fácilmente cuanto que también estoy yo curiosa de penetrar en nuevos secretos de la naturaleza.

Levanté los ojos al genio, despues de estrechar con reconocimiento la mano de Guda, y viéndole en su puesto le dije:

—¡Ah! poderoso genio: muchas son las dudas que me asaltan en vista de este grandioso panorama de la creación.

—Hablad, respondió magestuosamente: sobre qué dudais?

—Me son desconocidas las leyes que rigen á este admirable concierto de mundos, é ignoro cómo nosotros podemos vivir sin atmósfera, que es la que encierra esos elementos indispensables á nuestra respiración, bajo el nombre general de aire. Soy incapaz de explicarme por qué todo aquí

tiene una forma esférica; qué es lo que produce esos inmensos segmentos blanquecinos, que siembran el espacio, y no puedo darme cuenta, en fin, del verdadero origen de esa luz que se difunde en el seno de estos espacios incomensurables é infinitos.

—Prestadme atención, mortales, y haré penetrar en vuestra razón las nociones que la ciencia posee sobre lo que os parece tan grande misterio. Vivis, no os falta la respiración, porque así como cada astro hállase rodeado de su atmósfera, vosotros no estais sin ella. Fuera de un corto número de sustancias simples ó elementales, todos los cuerpos son compuestos, como ha demostrado el análisis química y la experiencia confirma día tras día; de manera que constando de diferentes principios, bajo la acción de multitud de agentes, combinanse entre sí á cada momento y toman mil formas y estados, naciendo de sus continuas acciones y reacciones otros cuerpos y otros, en serie infinita. Así se explica, cómo las sustancias más ténues, manteniéndose en constante repulsión, elevanse sobre ó rodean á aquellos, cuya cohesión molecular es más pronunciada, es decir la materia cuyos átomos se adhieren más energicamente, y est blecen-se de esta suerte diversas escalas de densidad, surgiendo los núcleos y las atmósferas. Esto mismo, aunque en proporciones infinitesimales, sucede en nuestro aparato, en donde se encierran sustancias orgánicas é inorgánicas, muchas ocultas á vuestros ojos, las cuales por sus mútuas acciones y combinaciones, ponen en vibración partículas, sino impendrables en absoluto, muy sutiles é insensibles, gérmen de nuevas materias y movimientos vibratorios, que son la causa de la vida armónica del Cosmos. El reposo parece huir de aquí, donde no se halla razón de ser á la ley general de la inercia, símbolo de la muerte de la materia, porque á nadie se oculta que el movimiento es á los seres inorgánicos lo que la vida á los orgánicos. Observad si no como todos estos innumerables cuerpos que decoran el universo están animados absoluta y relativamente, si tomamos aquí la voz absoluta en el sentido de movimiento de rotación y la de relativa en el de su traslación por órbitas seculares. Las mismas *fixas*, esos fúlgidos lumináres del firmamento, obedecen tal vez á la ley general del cambio continuo de lugar, por más que opongan á la curiosidad del vano terrícola el obstáculo de una asombrosa distancia, que apenas se somete al poder de su vasta imaginación, y que de hecho elude todos sus cálculos. Admirad en cuanto aquí se ostenta el resultado de la combinación de movimientos de estos astros, que no son otra cosa que grandes *sistemas* mecánicos, nunca en reposo, jamás entregados á la inercia, lo que por otra parte sería absurdo, pues sin las fuerzas centrífuga y centripeta su movimiento quebrantaria alguna de las tres leyes generales que encaminan las enormes masas por las rutas planetarias. De aquí nace esa redondez que hace creer en la generalidad de esta forma, puesto que todos los cuerpos, obedeciendo por una como necesidad intrínseca y no una contingencia á las leyes universales de la materia, sufren en sus moléculas atracciones y repulsiones, cuyas resultantes buscan sus puntos de aplicación sobre rectas que pasan por uno común, que se llama

centro de gravedad. Sujetas así las intensidades de las fuerzas á la razon de los cuadrados de las distancias inversas, actúan sobre las masas, durante periodos más ó ménos dilatados, hasta hacerles adoptar la forma esferica, en diversos grados de perfeccion. Es esto tan natural, tan ineludible que lo contrario fuera un fenómeno, por no decir una contradiccion entre la causa y el efecto, entre la sustancia y el accidente. Esos mismos pequeños planetas que veis á diferentes distancias de desigual masa é irregular forma, deben con el tiempo ser esferoides y lo serian ya tal vez si su dureza no opusiese obstáculos al trabajo continuo del giro; mas este prevalecerá y triunfará, pues no hay que olvidar que *gutta lapidem cavat, non vi sed sapé cadendo*.

—Una gota trabaja la piedra, no por la violencia sino por la constancia, dijo á media voz Guda traduciendo la frase.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará.)

EL PENSAMIENTO Y EL CORAZON.

No ves que á un altar vacío,
diriges tu adoracion?..

(A. Garcia Gutierrez.)

I.

Dijo el pensamiento mio
un dia á mi corazon;
—No ames nunca á un ángel frio:
*¿no ves que á un altar vacío
diriges tu adoracion?*

Y contestó al pensamiento
mi corazon con ternura:
—Aunque amarla es un tormento,
no puedo ante su hermosura
dominar mi sentimiento.

Dios me formó para amar,
para anhelar y sentir,
como á tí para pensar;
tu me mandas olvidar,
y eso es mandarme morir.

Y al corazon replicó
el pensamiento cruel:
—¡Cuánto tu amor te cegó!
¡Dios para amar te formó,
pero para amarle á él.

En su elevado talento
te ha formado á tí y á mí,
combinando este portento:
para el mundo, el pensamiento;
el corazon, para si.

Que eres flor de corta vida
que va del amor en pos
por el desden carcomida:

¡cosa para amar nacida
tienda sus alas á Dios!

Deja, corazon, tu anhelo
de amar con amor profundo
á las bellezas del suelo.
No le consagres al mundo
lo que es tan sólo del cielo.

¿Quién apreciará aunque flores,
las sensaciones tan puras
de tus sentidos amores?
Contempla las hermosuras
como contemplas las flores.

¿Quién apreciará el caudor,
los tesoros de ternura
que le consagre tu amor?
Tu eres para el Creador,
no para la criatura.

Conténtate con tu suerte:
no busques otra en tu daño
porque sería perderte;
teme mucho á un desengaño,
que un desengaño es la muerte.

Deja ese mundano afan,
esa ardiente aspiracion,
si al bramar el huracan
las hojas de tu pasion
rotas del tallo caerán.

No me usurpes el derecho
de amar en la tierra á mí:
tu sigue dentro del pecho
insensible, á tu despecho,
á cuantas lleguen á tí.

II.

Calló el pensamiento loco,
y el corazon suspirando,
triste se fué concentrando
en el amor celestial:
pero al cesar la influencia
que el pensamiento ejercía,
volvió luego á su porfía,
volvió á su amor terrenal.

III.

Y abismado en su pasion,
no oye al pensamiento mio
que le grita:—Corazon,
*¿no ves que aun altar vacío
diriges tu adoracion?*

BENITO VICETTO.

Coruña—1855.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

I.

ORENSE.

«Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España.
el santo cristo, la puente
y la burga, hirviendo el agua.»

(Cancion popular.)

Esta antigua ciudad, capital de una de las más feraces provincias de Galicia, cubierta con su mitra episcopal y sentada al pié del Miño, ha visto pasar sin cuidado los siglos fugaces como las aguas de su caudaloso río, y siempre firme ha defendido su vida de los combates de la intemperie y de las embestidas de las guerras para ostentarse hoy robusta y altiva después de tantos sucesos, como una belleza que en su mayor edad ha aumentado con el adorno y los atractivos de la juventud.

Situada á los 42° y 16' de latitud y á los 9° y 48" de longitud, le sirve de pabellon un cielo sereno, y un calor húmedo y vivificante circula bajo sus azulados pliegues, sobre un tapiz de viñedos y maizales.

Desde allí señorea 96 ayuntamientos que la ofrecen por tributo, con el oro del Sil, centeno y maiz en abundancia, trigo, lino, lanas, almendras, muchas castañas, algun aceite y ricos vinos, entre los cuales el tostado en nada cede al de Málaga y Peralta. La civilizacion la engalana todos los dias con nuevos atavios, hermosea sus casas y calles, enriquece su comercio, y esparce entre sus moradores á manos llenas las dulzuras del bienestar y los progresos del buen gusto.

Alzase sobre la poblacion una catedral de tres naves, producto bello aunque bastardo de la ojiva.

Infinitas veces han resonado en sus bóvedas antiquísimas las voces de los magestuosos coros del cristianismo, acompañados por el rey de los instrumentos. Infinitas veces han escalado por sus pilares hasta el trono de Dios las plegarias de los fieles, arrodillados ante el precioso crucifijo que desde una época olvidada por remota, es glorioso trofeo de esta ciudad, ó acaso dirigidas con mayor confianza á la Virgen Madre, lazo del cielo con la tierra, cuya imagen ha esculpido, tan hermosa y atribulada, nuestro ilustre paisano don José Gambino.

Un seminario conciliar, un instituto de segunda enseñanza y una escuela normal de maestros abren á la juventud la pesada puerta de las ciencias, y el colegio de las Mercedes cobija a las orensanas contra las tempestadas del mundo, entretanto el del Eminentísimo Cardenal Quevedo sirve de asilo a las niñas que la indigencia ó la seducción dejan abandonadas en su desgraciada aurora. Tambien hay una casa de beneficencia en que el trabajo preserva de la mendicidad y de los vicios: un hospital á donde el desvalido enfermo busca alivio á sus dolencias, dos grandes y hermosas fábricas de curtidos, teatro, cárcel y otros edificios, de los cuales algunos han sido conventos.

El emperador Trajano humilló bien cerca de la ciudad el orgullo del río, cargándole con un puente suntuoso que puede competir con los mejores de España, y que es con razon admirado como la segunda maravilla de Orense. Sujetos á las reedificaciones de los siglos XIII y XVI apenas deja ya percibir otro testimonio de su noble origen más que sus soberbios arranques. Ciento cincuenta y seis piés miden la an-

chura de su grande arco de pilar á pilar, y desde la clave al hondo del agua tiene ciento treinta y cinco, de modo que igual en longitud la del crucero de la catedral, aunque á los ojos, acostumbrados á despreciar, parece menor por su situacion y proporciones.

La tercera maravilla que cita la cancion popular son las *burgas*, fuentes que lanzan agua caliente en el extremo occidental de la ciudad. Una de ellas sale hirviendo, y cuece y deshace en pocos minutos lo que se expone á su corriente, las otras dos son de menor temperatura, pero de copiosa influencia, y todas de incalculable ventaja para los usos domésticos. Todavía hay otras fuentes minerales en las inmediaciones de Orense, cuya agua es muy saludable en varias enfermedades.

Orense ha sido testigo de todas las vicisitudes que ha sufrido España, y a pesar de los centenares de años trascurridos, bien podria contárnoslas todas si algun estudioso anticuario se las preguntase. Orense histórico tiene recuerdos de interés, pero en tanta abundancia que no es posible referirlos todos: sin embargo, debemos hablar hoy de sus sucesos generales, reservándose para nuevas ocasiones los particulares.

En la guerra de la Independencia, al despertar furioso el Leon de España, se conmovió, porque era uno de los rizos de su melena. A mediados de enero de 1809 el ejército usurpador se apoderó de Orense, abandonado con la retirada del marqués de la Romana. Cuando en principios de febrero pasaron los enemigos desde Orense á Ginzo de Limia, una multitud de paisanos inflamados por el amor de la patria, les hicieron bastante peligroso el paso de la Cuesta de Allariz. Orense dió el ser á la junta de Lobera, que fué la primera en Galicia que levantó el estandarte de la libertad en el período más crítico; á ella se debe una buena parte de los heroicos hechos con que los gallegos humillaron al vencedor de Marengo.

En épocas lejanas ofreció su cuello al yugo agarenó, y gimió oprimida por la media luna. D. Alfonso I la recobró, pero confiada despues su guarda á un falso amigo por Alfonso II, fué otra vez preseada de Abderahman, hasta que en 890 se la arrebató D. Alfonso el magno. Concluiremos delineando esta conquista.

II.

La reconquista de Orense.

Agitase convulso el aire con el estruendo de añafles y trompetas: las voces y alaridos de las huestes galaicas extremece la tierra.

¿Velas, Obeidala? ¿ó duermes en brazos de Teilat, la hermosa esclava que baila y canta cual ninguna en las zambras?

Guay, que vienen los galaicos bramando como los leones de Barca, impacientes por alcanzar a los fleles musulmes y emborrachar sus espadas sedientas con nuestra sangre.

Tu caballería, Obeidala, no ha podido encontrarlos porque son altas y espesas las jaras de sus montes, y ahora vienen ellos desde sus enrisgadas fortalezas a buscar aquí la muerte.

¿Qué la hallen segura en el filo de nuestros alfanques! Les haremos perder la silla con un bote de lanza, y en el suelo segaremos sus cabezas, y aun chorreando sangre las alzarán los infantes en sus picas.

Mas, ¡ay! los enemigos del Islam son muchos, y no en vano han venido. ¡Ay de los bravos musulmes que la luna se ha envuelto en un manto manchado de sangre.

¡Gualál que este dia es como el de Merg-Rahita;

todo se presenta infausto; Dios y las hadas son contra nosotros.

Hambrienta turba de buitres va á caer sobre su presa, presa mezquina que no bastará á hartarlos. ¡Ay! que los cuervos de la partida vuelan sobre nosotros; mas no importa, vamos á la pelea y seamos buenos caballeros.

Y Abu Otman se puso á la cabeza de su mestrada diciendo en su corazón.

«Loado seas, señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres: y quitas el señorío á quien quieres, y honras á quien quieres, y humillas á quien quieres: en tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.»

JOSÉ MARIA GIL.

(Se concluirá.)

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

I.

Las hojas secas cubriendo
van ya, con su triste manto,
los valles y los jardines,
las campiñas y collados.

Son hojas que ayer el aura
mecía en sus verdes tallos,
y hoy se pudren en el cieno,
ó arrebató el cierzo airado.

Hojas son que del amor
secretos mil ocultaron
en sus pliegues de esmeralda,
hoy marchitos y arrugados.

¡Hojas tristes! hojas tristes
en que apenas reparamos!
hojas ¡ay! que imagen son
del vivir de los humanos!..

¡Qué desnudez en el bosque!
¡qué palidez en los campos!
¡qué soledad donde há poco
todo era rumor y encanto!

¿Dó fueron con sus caprichos
las mariposas de mayo?
el néctar de nuestras flores
¿á dónde lo habrán llevado?

Yá no se ven, donairosas,
sin cesar coqueteando
entre lirios y claveles,
entre alelles y nardos.

Yá las niñas no las cogen
en los pensiles y prados,
para más tarde imitar
sus caprichos tan extraños.

Ni en la selva hay armonías;
ni hay verjeles perfumados;
ni hay nidos en la enramada;
ni hay primores en los campos.

La aurora es ménos radiante,
el sol ménos vivo y claro,
y más pálida la luna,
y está el cielo más opaco.

No es tan límpido el espejo
de las fuentes, ni tan grato;
no es tan sereno el arroyo,
ni el mar tan azul y manso.

Entre la menuda yerba
no brilla ya aquel gusano
que en estío, por las noches,
aparece iluminado.

La tórtola, que arrullaba
en los pinos y castaños,
se fué ya, buscando ansiosa
otro clima más templado.

¡A cuántas el cazador
viudas dejó inhumano,
trocando su amante arrullo
en gemidos prolongados!

Tortolilla solitaria,
quizás en bosque ignorado
vagas ora inconsolable,
vagas triste revolando!

Se fueron las golondrinas,
con vuelo gracioso y ráudo,
á buscar léjos, muy léjos,
un clima ménos ingrato.

Tambien se fué el ruiseñor,
cuyo trinar dulce y vario
llenaba días y noches
de armonías y de encanto.

¿Quién ahora le oirá
junto el arrolluelo claro,
mientras el dorado pez
salta airoso relumbrando?

¿Quién le oyera! quién le oyera
á las orillas del lago,
mientras moja allí la luna
sus cabellos plateados!

¿Quién le oyera! quién le oyera
en la enramada cantando,
mientras cerca de él suspira
algun pecho enamorado!

II.

Huyendo del sol no buscan
yá la sombra los ganados;
ni el negro cabrito juega
con el corderito blanco.

No es tan sostenido y fuerte
el relincho del caballo
como cuando la yeguada
pacía en los verdes prados.

No canta tan amenudo

el pintado, ardiente gallo:
ni, celosos, los carneros
se topetan sin descanso.

No cantan las pastorcillas
tan alegres, ni tan alto,
ni flores silvestres lucen
en sus senos agitados.

Ved una allí pesarosa,
junto al musgo de un peñasco,
pensando en los juramentos,
en los juramentos vanos,

que fementido pastor
le hiciera junto á un vallado,
y que creyó verdaderos,
y hoy vá creyéndolos falsos.

Las rosas de sus mejillas,
y claveles de sus labios,
el color de la azucena
poco á poco van tomando.

De sus ojos el mirar
es cada día más vago,
y su corazón palpita
cada vez con más trabajo;

Yá no vá tan á menudo
á peinarse con cuidado
en el cristal de las fuentes
ó de los arroyos claros...

Porque se van yendo todas
sus esperanzas de mayo,
como se van en otoño
las hojas del bosque y prado.

III.

De ilusiones engañosas,
de esperanzas que pasaron,
imágenes mi! ofrece
la tercia estacion del año.

MANUEL SUAREZ BARBA.

En el campo, noviembre 1873.

BAÑOS Y AGUAS MINERO-MEDICINALES.

Su calidad, afecciones para las que están indicadas, descripción de los puntos en donde se hallan producciones de éstos y temporada de baños.

(CONCLUSION.)

Verin. Villa situada á la falda del monte en cuya altura se halla la plaza fuerte y castillo de Monterrey, limitrofe con Portugal y distando solo tres leguas de la ciudad de Chaves, tambien plaza fuerte de aquel reino. La atraviesa el rio Tama-ga, sobre el cual existe cerca de esta ciudad, el soberbio puente construido en tiempo de Trajano. La

carretera de Orense á Castilla, toca en esta población la cual tiene muy buenas casas y paseos. El clima es templado, el terreno fértil y produce esquisito vino y frutas. Hay mucho ganado y alguna pesca: en sus montes se encuentra abundante caza mayor y menor.

En Villar de Ciervos y Alcuélos, aldeas de sus cercanías, hay minas de finísimo estaño hoy sin explotación.

En el valle hay una hermosa fuente de agua mineral cargada de ácido carbónico, á la que se vá por un bonito camino que tiene dos filas de árboles á cada lado y al rededor de la fuente un verjajo circular con asientos.

Al norte de la villa hay otro manantial destinado a baños de aguas alcalinas frias llamadas vulgarmente *Sousas*, ó de *Sosa*, por la marcha que contienen: están situadas entre la villa y la parroquia de Abejes: su eficacia es especial para los males de orina.

Estas aguas tan poco apreciadas en España y tal vez ignorada su virtud por la generalidad, son sin embargo un rico tesoro para la salud, que nuestros vecinos los portugueses saben aprovechar muy bien, concurrendo en gran número durante el verano, que es la temporada general.

Desde estos baños hay una carretera hasta el límite con Portugal.

Villanueva (S. Tirso.) Hay una fuente mineral que se usa con buen éxito en las obstrucciones y catarros crónicos.

Aguas férreas Las hay en Maside, Sas de Penelas, Rua de Valdeorras, S. Saturnino, Nara-hio, Sto. Tomé de Cancelada, S. Jorge de Pequiu, Marcon, Sequilo, Villagarcía, Pingoy, Chao de Villarino y Santa Maria de Cesures.

Además de las aguas indicadas, se supone que las hay en Fuente de Melon, Pexegueiro, Fuente de Asneiro, Berua, Brandeso, Fuigueroa, Cervantes, Quintela y otros puntos, mas nuestras investigaciones fueron infructuosas, para obtener datos sobre ellas, pero las que damos á conocer, son más que suficientes para apreciar el gran número de las que hay en el país.

EL DESENGAÑO.

-¿Donde vas, oh, niña amada
corriendo con tal locura?
— En busca de la ventura
de una ilusión adorada.
—¿Y esa ilusión donde está?
— Buen viejo, yo no lo sé.
—¿Y entónces en que tienes fé?
— en que amor me ayudará.
—¿Sabes amor lo que es?
— esta gloria que hay en mí.
—¿Fías mucho de él?... -Oh! sí!..
—¿Y todo hermoso lo ves?
— Nada le iguala en belleza
en este mágico suelo,
pues creo que existe el cielo
donde habita su grandeza.
— Deja, ninfa, tu quimera,
y no cruces, no, ese espacio
que es un mentido palacio

triste cárcel en la tierra.
 —¿Y la esperanza de un año?..
 —Hoy concluye para ti:
 —¿Porqué lo afirmas así?
 —Porque soy el desengaño.
 Huyó la vision cruel
 la niña quedó llorando
 y sus lágrimas borrando
 lo escrito sobre un papel.
 Era una carta fatal
 cáliz de impuro veneno
 que de ingraticudes lleno
 le ofrecia un desleal,
 le apuraba por su daño
 exclamando con dolor:
 ¡Es una ilusion amor
 y verdad el desengaño!

DOMINGO CAMINO.

Coruña—1875.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY:

XII.

Soledad del alma.

(Continuacion.)

Había veces que, concentrándose la intelectualidad en los abismos del alma, creía sorprender en mi mismo dos entidades opuestas que se repelían: una que, sumamente espiritual, tendía á evaporizarse lejos de la atmósfera de la tierra, en pos de visiones sin forma que me seducían: otra que, sumamente material, tendía á buscar á Jorge y á Nieves, y en alas del orgullo ó de mi amor propio ofendido, apuñalarlos sin decirles la menor palabra. Había aún más en mí: había como otra tercera entidad que nada consideraba serio en esta comedia humana que llaman vida, apreciando sus cosas como un sueño de la vida eterna. Y este último yo de mi triple yoismo en aquellos instantes de horrible pena, indudablemente era el de más fuerza intelectual y por consiguiente venía á constituir el fondo de mi carácter, en medio de aquel drama que empezaba á perfilarse bajo los antiguos artesonados del hogar de mis abuelos.

Así pasé el día,—y completamente fatigado al llegar las primeras horas de la noche, me rindió el sueño.

Cuando desperté á la siguiente mañana, sólo el recuerdo punzante de la pérdida de mi padre, era la única realidad de la vida: todo lo demás, si acaso se dibujaba vagamente en mi memoria, por su misma vaguedad se disipaba sin dejar huella alguna en los senos del alma.

Podía decir en verdad, que el mundo no existía para mí, ni yo para el mundo, sólo la imagen de mi padre se acentuara tenazmente en mi intelectualidad: sólo el doblar á muerte de las campanas de Fontey, me conmovía. Cuantas veces el medico penetraba en mi gabinete, era como una sombra para mí, y sus palabras sonaban en mis oídos con esa incomprendibilidad del murmullo de un río, del canto de las alondras ó de otro rumor cualquiera de la naturaleza. Parecía que todo era fúnebre en torno de

mi, flotando yo en el vacío perezosamente, como si el frío de la muerte circulara ya por mis venas.

Poco á poco fué cediendo aquel estado de aplastamiento moral y de suma congoja á la vez, —porqué á la imagen de mi padre vino á disputarle lugar en mi espíritu otra imagen ménos acentuada pero más sonriente, como vapor luminoso que pretendiera esclarecer la oscuridad de mis facultades afectivas: era un vislumbre, un tornasol fugitivo del semblante bellísimo de Clara: era su esencia de ángel, con su timbre sonorosisimo de pasión y juventud: era algo puro en medio de la impureza que parecía rodearme: era algo de cielo en la tierra: era algo de Dios en las profundidades oscuras de mi dolor ó en la soledad deplorable de mi alma.

Trascurrieron así dos ó tres días,—y respecto á mi muger diríase que nuestras relaciones estaban completamente cortadas; pues yo no preguntaba por ella, ni procuraba verla, y ella no parecía preguntar por mí ni procuraba verme tampoco: cuando el amor no ilumina un matrimonio con sus rayos de nácar y púrpura, nada se extraña la frialdad reciproca porque parece una consecuencia naturalísima del desamor de los consortes.

Di en bajar al comedor más adelante,—y aunque veía en la mesa á Nieves de Villaster no cambiábamos otras palabras que las de un ligero saludo. El médico había aconsejado á todos que me hablaran poco á fin de no importunarme en lo más mínimo,—de modo que Nieves y los demás personas de Fontey parecían respetar mi dolor y considerarme en la mesa como una sombra animada y nada más: tal era yo en efecto.

XIII.

Contraste horrible.

Di también en salir de Fontey, pero solo.

Me dirigía en mi indolencia á la puente Cigarrosa, —y los piés, más que la voluntad, me conducían hácia Peña de Foleche.

¿Qué iba yo á buscar allí? Si me hicieran esta pregunta, difícil me sería contestar á ella.

Cerca ya de la parroquia de San Juan de Barrio, sentí doblar á muerte y me detuve trémulo de emoción.

El recuerdo de Sira, cuya imagen se había velado hasta entonces para mí, resbaló por mi memoria como vapor candente. ¡Si doblarán por ella las campanas! —pensé. Y mi tristeza tomó nueva forma en aquellas soledades, pues me dominó mas en aquel instante una impresion física que moral, porque no podéis figuraros la melancolia extraordinaria que se apodera de uno cuando siente doblar á muerte en nuestras montañas. La idea del *no ser* allí donde *todo es*, parece refractaria: la idea de la muerte allí donde todo es vida, ríos, plantas, aves, nubes, árras y horizontes... parece inconcebible. Víctima de esa impresion misteriosa, me senté en un peñasco: —y de pronto allá á lo lejos, apareciendo y desapareciendo por entre las sinuosidades pintorescas de un camino de herradura que se extendía por ásperos barrancales, vi centellear la cruz de plata de la parroquia: detras iba un féretro, luego el cura con su ropaje brillante de tisú y despues la comitiva de *choradeiras* como llaman en el país á las que van plañendo en los funerales, y cuya mayor parte me parecían jóvenes aureanas por sus sayas de encendido color.

¡Pobre Sira! exclamé en lo más íntimo del alma.

Pero, apenas me acabara de reponer de esta sen-

sacion angustiosa, por la parte opuesta á la del entierro, hácia el otro lado del Sil y entre los sombríos flancos de Artesiña y Forgas, cuyas tremolantes cumbres parecen crecer y decrecer en el espacio segun los accidentes de luz, — resonaron los ecos de la gaita y mil y mil atronadores cohetes y bombas como en señal de boda ú otra fiesta rural.

Qué contraste! En la márgen izquierda del Sil, las campanas de Barrio doblando á muerte por una jóven de 17 años, cuyo entierro distinguia; — y en la márgen derecha sonaba la gaita y cien y cien voladores estallaban en las alturas de Santa Maria de Bendillo, donde vivia Jorge Vilar de Mondelo, dueño de la fábrica de hierro de la Gorgueira, y seductor y asesino de aquella jóven! ¿Qué misterio superior á la razon estaban aquellos dos hechos tan distintos y que, sin embargo, parecian entrañar uno sólo?

Un criado de Fontey me explicó el enigma, llegando en mi busca á la carrera.

— Señor vizconde — me dijo — vengo corriendo á participar á V. la gran fortuna con que Dios ha favorecido esta tierra. El señorito de Mondelo acaba de recibir una carta participándole que un tío suyo soliteron, que tenia en Buenos-Aires, ha fallecido, dejándole ochenta mil pesos... Todo el mundo está loco de contento!

— Y eso... qué? — le dije con aspereza — y eso que tiene que ver con el país?

— Mucho, señor! porque el señorito de Mondelo dice que va á emplear ese tesoro, agrandando su fábrica de la Gorgueira, de modo que mantenga de trescientos á quinientos operarios, ya que Dios lo hace tan afortunado en el mundo...

— Dios...! Dios...! — grité levantándome, irritado con la fiereza del leon. — Dios no existe... ó si existe es ciego...

Y crispé los puños sobre mi misma frente...

— Porque si Dios existiera y viera, no consentiría sobre la tierra...

De repente me detuve... en la mitad de mi blasfemia horrorosa... por no revelar algo del drama de Peña de Foleche que parecia pronto á exhalar-se de mis labios entre furiosas imprecaciones. El esfuerzo de espíritu que hice para ello, abatió mis fuerzas. Mi aplanamiento fué tal en aquel instante, que creí que un poder superior á mi comprension iba á pulverizarme, y caí mas bien que me senté sobre el peñasco.

Despedí al criado.

En seguida clavé las pupilas con avidez hácia los barrancales por donde cruzaba el entierro, — pero senti que me hacia doble daño la vista de la cruz de plata que rielaba fatidicamente entre las zarzamoras de los vallados, — y no quise mirar mas en aquella direccion, retrocediendo con lentitud á la puente Cigarrosa y de allí á Fontey, donde me encerré en mi gabinete sin hablar siquiera con el médico. Toda la noche tuve en los oidos el triste doblar de las campanas por Sira, y los ruidosos ecos de la gaita y de los cohetes por la fortuna con que la suerte recompensaba á su asesino.

Indudablemente yo me iba á volver loco, sino lo estaba ya. Podia comprender que me faltaran las personas, como frágil barro que eran... pero Dios...! ah! esto me anonadaba completamente, sin reflexionar que nuestra vida en la tierra es transitoria, momentánea... un mero accidente de la vida infinita de las almas en el Tiempo y el Espacio, Dios!

XIV.

Un buen remanso.

Al otro dia — al amanecer — dirigi mi paseo en sentido opuesto. En vez de bajar al Sil como tenia costumbre desde niño, subí hácia el norte ávido de sus pesadas brumas, ya hundiéndome en las espesas enramadas de los valles mas profundos, ya ascendiendo á las cumbres de los pericuetos, abarcando los diversos panoramas que se sucedian a mi vista, matizados con las aguas del Lor, el Quiroga, el Soldou, el Bisuña y el Arnao, — todas esas diamantinas lágrimas de los montes del Courel.

De súbito — sin darme aún hoy cuenta de la causa — vino a mi memoria el recuerdo del niño de Sira, y senti una sensacion penosa, ¿Por qué no me acordaria ántes de él? — pensé. — ¿Si lo habrán descuidado? ¿Si habrá muerto tambien?

Y bajo la impresion candente de este recuerdo doloroso, regresé á Fontey con ánimo de dirigirme por la tarde a Meiral. Esta aspiracion repentina, este deseo ardiente de ver aquella criatura que casi consideraba como propia desde que la salvara de las garras del *afortunado* Jorge, pareció reanimarme tanto, cuanto abatido estuviera hasta entónces. Habia por fin algo que excitaba la sensibilidad de mi alma, como para arrancarla de la soledad interna en que se abismara al plegar sus alas contra las emociones de la vida exterior, — y esto no hacia tan desesperada mi situacion como la temiera durante la noche, y la temia el médico de la Rua, que me observaba sin preguntarme nada, temeroso de irritarme mas y más.

BENITO VIGETTO.

(Se continuará.)

SECCION EDITORIAL.

Hemos visto el ensayo de *Angiología anormal*, por don Francisco Romero Blanco, catedrático de anatomía en la Universidad de Santiago.

Está escrito con bastante erudicion y estilo ameno, por más que la materia era árida, que demuestra conocimientos profundos en anatomía, presentando más patente las anomalías de los vasos con las figuras de casos prácticos intercaladas en el texto. Es tambien de gran utilidad para los que se dedican á la práctica ó á las operaciones tanto en las arterias como las ligaduras, como en la cirujía menor, en las sangrias: por lo tanto es una obrita digna de ser recomendada á todo médico-cirujano.

Hállase de venta en Santiago, librería de Escribano, al precio de 7 rs. y en Madrid, Moya y Plana, al de 8 rs.